



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El problema de la identidad en América

Autor: Bosch García, Carlos

Forma sugerida de citar: Bosch, C. (1991). El problema de la identidad en América. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 77-80.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD EN AMÉRICA

Por *Carlos* BOSCH GARCÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS, UNAM

NADIE DISCUTIRÁ que Iberoamérica sigue en busca de su identidad. Debe pensarse que no la logra porque no quiere aceptar lo que verdaderamente es y, por ello, se refugia en otras realidades que no le pertenecen, aunque las asimile como suyas. Ésta es, desafortunadamente, una realidad que se ha vivido en este siglo.

Es necesario aprender la lección y quedarse con lo que es. Contrariamente la identidad que Iberoamérica busca, imaginativa y sofisticada, no puede encontrarse.

Como Iberoamérica no acepta esa realidad, se empeña en buscar definiciones firmes, y se protege detrás de ellas sin pensar que éstas también son falsas. Se habla de establecer una conciencia de esa identidad, pero ¿de qué nos sirve ser conscientes de una identidad incierta? Por ello nada cambia en Iberoamérica y la inercia nos empuja hacia la deriva, una deriva sin sentido.

Es posible que todo esto ocurre porque, aunque hubo trastorno social en el periodo de la independencia, éste no fue lo suficientemente profundo para haber planteado diferencias en la estructura, que hubieran definido la naturaleza distinta del nuevo ciclo histórico que comenzaba diferenciando Iberoamérica del ciclo colonial que terminaba.

Sin embargo, los quehaceres fundamentales de la vida pública y de la privada se sostuvieron, y los grupos dominantes sólo experimentaron, por decirlo así, un cambio de generación tal como lo expresa Orlando Fals Borda.¹

Como sabemos, los patrones coloniales resultaron en extremo resistentes al cambio, debido a su propio sistema de valores seño-

¹ *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 17-20.

riales, que perduraron y penetraron profundamente en el siglo XIX. En Nueva Granada, por ejemplo, como en el resto de América, la igualdad significaba que los criollos pudieran ejercer el poder político junto a los blancos aristócratas. Esto difería, en mucho, del concepto de igualdad sostenido por la Revolución Francesa.

Además, hay que pensar en la imposibilidad de hacer a un lado una colonia que duró trecientos años, tal como se ha pretendido, y en que sus habitantes nieguen su herencia, sobre todo cuando los otros doscientos años de independencia tampoco sirvieron para alcanzar grandes logros.

Resulta irónico que se haga la interpretación histórica insistiendo en encerrar los periodos históricos en la cronología, para convertirlos en el foco de la crítica, pero sin análisis ni comprensión del significado de cada uno de ellos. Ni siquiera con los doscientos años de independencia se ha logrado dejar atrás muchos de los residuos, aunque no viene a tono analizarlos aquí.

Después de los doscientos años de independencia y de regir nuestras naciones, todavía estamos sometidos a los colonialismos, ahora sajones, lo que resulta igual, o acaso peor. Contra ello usamos los mismos argumentos que se usaron en el inicio del siglo XIX para lograr la independencia: los monopolios, los mercados, las materias primas, los impuestos, las libertades económicas, los endeudamientos, la explotación. Todo resulta un cantar tan conocido... pero esos argumentos ya no sirven, porque las cosas han cambiado, aunque tal parece que no se nota, o que no se quiere reconocer.

Un hecho deriva de todo esto, y es que Iberoamérica vaya en busca de sus raíces profundas a su propio pasado para lograr las soluciones a sus problemas actuales.

La vida real actual, sin embargo, no depende de cuáles sean las raíces, si no se quiere analizar por qué no hay un presente sano, social, económico o cultural en el cual apoyarse para, de ahí en adelante, proyectar con fuerza, el propio futuro en función del pasado y el presente. Hay que hacerlo contando con *todo* lo que hay en Iberoamérica, sin desperdicio de hombres, sin recelos y sin complejos de ningún tipo. Hasta ahora todos debemos aceptar que no hemos sabido vivir el presente, ni tenemos preparado el futuro, porque hemos desperdiciado *los pasados* y vamos en busca, en cambio, sólo de las raíces autóctonas "precisas" y porque desdeñamos el periodo colonial y conocemos mal la historia moderna y contemporánea.

Nadie nota que esa búsqueda se convierte en un impedimento

para el desarrollo, porque distrae y confunde la verdadera percepción del problema, según la cual Iberoamérica es y existe de otra forma, y por ello hay que tomarla tal cual es, en conjunto, para partir de allí con lo mejor que pueda ofrecer.

Los pensadores del siglo pasado quisieron asimilarnos a un mundo movido por otros resortes y sus esfuerzos resultaron vanos. No lograron imponer sus ideas y el resultado fue que aquellos pensadores, y también los del siglo xx, no pudieron mantenerse como intelectuales y se vieron precisados a convertirse en políticos, como ocurre hasta la fecha. Al hacerlo, dejaron de ser propiamente intelectuales. Ahí está el propio Bolívar, que mezcló las personalidades del filósofo, el político y el militar. El mismo camino siguieron muchos hasta el punto de adoptar la ideología soñadora de los iberos reformadores del siglo xix y pretendieron reunir los esfuerzos y los hombres de toda América para llevarlos hacia una meta común. Mas para establecer la cultura de los latinoamericanos se precisaba, y se precisa, de una filosofía con características locales, también americanas.

Pero en el siglo xix, y también en el xx, se creyó resolver el problema con la creación de las "naciones-Estado" que caracterizaron esos dos siglos, y se enfrentaron entre ellas con guerras de altos costos para la humanidad. Esas naciones artificiales, tanto en Europa como en América, aglutinaron, pero no respetaron, los mosaicos de culturas encontradas dentro de los límites nacionales y plantearon así graves problemas de identidad. Nunca repararon en que se puede cambiar de nacionalidad, pero nunca se puede sustituir esa cultura íntima con la que se nace, a la que se es irremisiblemente leal toda la vida porque es parte de uno mismo. Los artificiosos Estados-naciones, nacidos de la Revolución Francesa, convirtieron a los sujetos de los reyes en ciudadanos de la nación y rompieron la lealtad del sujeto al rey, que tenía significados humanos muy complejos.

En Europa, y también en América, los Estados se compusieron de amalgamas culturales diferentes, más o menos relacionadas entre sí con nexos débiles en la mayoría de los casos.

A pesar de que las naciones-Estado son entes artificiales que deben su existencia a situaciones circunstanciales, en la mayoría de los casos se convirtieron en el instrumento de la organización administrativa de los siglos xix y xx.

Por desgracia la humanidad no había resuelto el problema de cómo organizarse. El costo de la existencia de las naciones y del

nacionalismo ha sido, y es, enorme en todos los aspectos, y no podemos negar que la existencia de las culturas subyacentes, mal amalgamadas, ha perturbado el ser y la tranquilidad de esas entidades naciones-Estado, porque no responden a una realidad.

No se puede prescindir de esas culturas que, hoy en día, se han ignorado porque no podemos prescindir de nuestro propio ser que nos definió al haber nacido y criado como parte de ellas. Ahí está nuestra verdadera identidad; lo demás es, además de artificial, administrativo, aun cuando nos identifiquemos completamente con el área en que vivamos y nos sintamos parte de sus habitantes.

Recordemos lo que hicieron todas las guerras de los siglos XIX y XX, al aglutinar culturas tan diversas para formar sus imperios, sin lograr otra cosa que superponerse a ellas sin asimilarlas, para mantener una relación metrópoli-colonia, esto es, Estado-colonia, con las diferentes culturas supuestamente asimiladas, o dominadas, que, de todas formas, persistieron por debajo de cualquier estructura política. Ahí están las colonias que se han independizado de sus metrópolis, en época muy reciente, en las que ha resurgido su personalidad y su identidad cultural, pero no se han dado cuenta cabal de que han recurrido a formar nuevos y más reducidos Estados nacionales que, a la larga, se volverán a encontrar con el problema que pretendieron resolver.

Si al final del siglo presente se termina el ciclo nacional histórico y se desarrollan en sustitución las grandes unidades político-económicas que vemos aparecer con la unión europea y cunde el sistema con la formación de otras grandes unidades similares, entonces será más claro que, dentro de ellas, sólo quedará ese gran mosaico cultural como única distinción de la identidad personal y de los pueblos que la forman.

Podría suceder en el siglo XXI el inicio de otra organización muy distinta a la organización nacional de la humanidad que hemos visto hasta la fecha.